

S. Sardón y J. Paulorena

**LAS COSAS SON
DIFERENTES EN
Arkham**

EC.O
EdicionesCivicas.O

¿Estaba acaso viviendo de nuevo su vida en cada detalle de deseo, tentación y renuncia durante aquel momento supremo de total conocimiento? Gritó en susurros a alguna imagen, a alguna visión; gritó dos veces, un grito no más fuerte que una exhalación: “¡El horror! ¡El horror!”

Sólo existe el hombre, el responsable único, el verdadero origen del horror.

Joseph Conrad
El corazón de las tinieblas

I

Desperté convencido de que aquel era otro día miserable en la vida de Brian Holden.

Aparté las sábanas sudadas y me senté al borde de la cama. La muerte de Robert se iba desvaneciendo en la nada pero aún escuchaba el eco del disparo, aquel que cada noche asesinaba a mi compañero y destruía mi vida.

Malos sueños, pesadillas recurrentes derivadas del estrés postraumático, explicaba la psicóloga cada vez que me cambiaba de somníferos. También decía que no era bueno dormir con un arma bajo la almohada, que era una regresión a la infancia y la necesidad de sentirse protegido. No le hacía caso porque tener cerca la pistola me ayudaba a conciliar el sueño, y era lo único que importaba.

Guardé la *glock* en el cajón de los recuerdos, junto a una foto familiar y una cartera policial que contenía un hueco donde antes había una placa. En la fotografía, mi ex mujer me miraba con gesto de reproche y mi hija con el rostro de la inocencia.

Hacía mucho de aquella foto.

Sonó el móvil. No conocía el número.

—B.H. Security, dígame —mi voz sonó pastosa.

—Con Brian Holden, por favor.

Era una voz femenina, madura, seria. Un buen trabajo, pensé. Era lo que más necesitaba en esos momentos, y lo último que me apetecía.

Me aclaré la garganta.

—Soy Brian Holden.

—Me llamo Lindsey Morgan y represento a Douglas Trumbull.

Me espabilé al instante. Ella no dijo más, sabía que no era necesaria ninguna explicación.

Lindsey Morgan era hija de Henry Morgan, fundador de Morgan&Co, el prestigioso bufete de abogados de Boston, defensor de ricos y potentados. A él se le conocía por ser un hombre duro e implacable en los tribunales y a ella, por ser una digna sucesora de su padre.

Pero el nombre importante era el del cliente. Las revistas de economía tenían a Douglas Trumbull en la lista de los hombres más ricos del planeta. Era dueño de Industrias TruTech, con docenas de filiales especializadas en aeronáutica, automatización o diseño de sistemas informáticos. Colaboraba en varios proyectos de ingeniería con la NASA, y proveía al ejército y a líneas privadas de motores a reacción. Un magnate de tal calado no podía dejar de financiar diversas campañas políticas con sus inmensas donaciones y se sabía que, tanto en Boston como en Washington, gente importante le debía favores.

—Encantado, señorita Morgan —saludé con fingida indiferencia—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Mi cliente desea contratar los servicios de un detective privado. He hecho averiguaciones sobre usted y da el perfil que buscamos. Puedo decirle que la paga es buena y que habrá bonificaciones si el trabajo se realiza con éxito. ¿Está interesado?

—Es posible —pretendía restar importancia a que el hombre más influyente de Massachusetts quisiera contratarme—. ¿Podría adelantarme de qué se trata?

—Los detalles se le facilitarán en la mansión del señor Trumbull.

—De acuerdo, señorita Morgan. Déjeme un momento que consulte la agenda —la tenía vacía, igual que mi cuenta en el banco—. ¿Cuándo tenía previsto verme el señor Trumbull?

—Un coche le recogerá en una hora frente a su casa. ¿Tendrá tiempo de organizar su agenda, señor Holden?

Noté la ironía de su pregunta.

—Estaré preparado.

Colgó.

No, no estaba preparado para aquel trabajo.

El cielo de Boston tenía el color del plomo y llovía sin cesar. Desde el portal veía pasar los coches levantando olas en los charcos. Estaba seguro de que reconocería el vehículo de Trumbull.

Si un millonario estaba interesado en contratar mis servicios debía de ser un asunto delicado y que requería de la máxima discreción.

¿Problemas matrimoniales? Lo dudaba. De la señora Trumbull se sabía que era una esposa ejemplar y educada a la vieja usanza, ese tipo de educación que hace fieles a ciertas mujeres. E infieles a otras, pensé. Ella se dedicaba por entero a su hogar en Boston, a mimar al hijo que le quedaba en casa o tomar el té con las amigas, ir de compras a París o celebrar fiestas lujosas en su ático de Manhattan.

Tampoco sería un trabajo de guardaespaldas. Había visto imágenes de Douglas Trumbull, siempre escoltado por profesionales de élite.

No, el trabajo que me iban a proponer era diferente. “Detective privado” me había llamado la abogada,

cuando la verdad de mi trabajo es que me dedicaba a revolver en la basura ajena.

Estaba intrigado.

Un vehículo enorme, negro y con los cristales tintados se paró delante de mi edificio. Me acerqué a la ventanilla del conductor.

El cristal descendió lo suficiente para dejar ver el interior. Había dos hombres dentro, vestidos con traje negro y cabezas rasuradas al más puro estilo de guardaespaldas.

Los dos me miraban como figuras de bronce.

—¿Les envía la señorita Morgan?

—Afirmativo, señor Holden. Suba, por favor.

¿Afirmativo? Estaba claro que estos dos escoltas habían sido militares. Me había topado antes con gente como esta, eran profesionales muy preparados. Y no se andaban con tonterías.

Plegué el paraguas y me metí en el coche. El interior era moderno, cálido y lujoso. El panel de seguridad que me separaba de los escoltas estaba subido y me aislaba de ellos. Me puse cómodo y me dejé llevar.

Pasamos por Massachusetts Avenue y el clásico edificio del MIT, donde un laboratorio del Instituto Tecnológico llevaba el nombre de Trumbull gracias a un espléndido donativo.

Subimos al norte para tomar la autopista en dirección Ipswich. El viaje se hizo corto desde el momento en que salimos del atasco de Boston.

Llegamos a las propiedades de la familia, que estaban guarnecidas por muros de cemento de tres metros de altura disimulados con altos setos. Los sensores de la puerta detectaron la presencia del coche y unas cámaras nos identificaron.

El camino cruzaba varias hectáreas de jardines de lustrosa hierba, dispersas arboledas y pistas de juegos. Una cuadrilla de personal de mantenimiento y jardineros se ocupaban de segar, limpiar la piscina o barrer una pista de helicóptero. Había hombres de traje negro rondando por toda la zona.

El hogar de los Trumbull era un palacio de mármol y madera de arquitectura europea. La fachada estaba construida con piedra gris oscura y ventanas de marco blanco. Los tejados empinados eran de negras losetas sembradas de antenas de telecomunicaciones, chimeneas y paneles solares. El porche de la entrada lo formaban dos enormes columnas que sustentaban la balconada del piso superior, donde había apostados dos hombres que vigilaban nuestra llegada.

Era excesivo el despliegue de seguridad. No cuestionaba si Douglas Trumbull necesitaba de tal efectivo de protección, lo que aquella actividad me decía es que algo había sucedido y alterado la rutina diaria de la familia.

Mi transporte se detuvo bajo el elaborado tejadillo de mármol de la entrada. Un mayordomo de genuino aspecto inglés me abrió la puerta. Era un hombre entrado en años, de pelo cano, cara delgada y frac impecable. Se dirigió a mí con rostro impassible y hablar educado.

—Buenos días, señor Holden. Si se me permite la expresión —hizo un ademán abarcando el cielo plomizo.

—Buenos días, señor...

—Hills, para servirle. El señor Trumbull le está esperando. Si quisiera acompañarme, es por aquí —señaló el interior indicando que me pusiera en marcha.

—Gracias.

Al pasar a su lado vi que tenía un receptor de radio en el oído y un transmisor camuflado en el ojal de la chaqueta. Hills parecía reprimir los gestos de llevarse la mano al auricular cada vez que le hablaban, no estaba acostumbrado a su uso.

El recibidor del hogar de los Trumbull era amplio y lujoso, con paredes y suelo de mármol a juego con la fachada, una enorme lámpara de araña y dos hombres de negro a modo de estatuas. A ambos lados de la estancia había sendos pasillos que conducían a las alas laterales de la mansión.

Sin detener su paso lento y elegante, Hills dirigió a los guardias un gesto con la mano para indicar que todo iba bien.

Fuimos hacia la derecha y el mayordomo abrió unas puertas dobles de roble embellecidas con tachuelas y manillas lustradas. Hills caminaba sin volver la vista atrás, dando por supuesto que le seguía.

Avanzamos por una larga galería forrada de madera, un pasillo que servía de exposición artística a una gran variedad de pinturas y obras cuyos estilos y maestría tenían en común su precio en el mercado.

Llegamos al fondo, hasta una puerta que daba a una antesala y donde un guardia nos dio el alto.

—Este caballero es Brian Holden. El señor Trumbull le está esperando.

—Correcto —el hombre de traje negro me escrutaba—. ¿Lleva algún arma, señor Holden?

Puede que ya no tuviera la placa, pero me había acostumbrado a trabajar sintiendo el peso de la pistola y rara vez iba desarmado. Además, me tranquilizaba tener una navaja escondida en el cinturón, y el espray de pimienta en el bolsillo de la camisa. No eran manías de

ex policía, era la experiencia de ver cómo un criminal asesina a sangre fría a tu compañero por no llevar el arma cuando no estáis de servicio.

—Sí, estoy armado —respondí tras un segundo de vacilación.

No tenía sentido mentir, sabía que había pasado bajo unos cuantos detectores. Y tampoco había razón para desconfiar.

—Tendrá que dejarlas aquí, señor. Normas de seguridad. Se las devolveré cuando salga del despacho.

Asentí con la cabeza. Abrí la chaqueta dejando a la vista la pistolera, solté con deliberado cuidado el cierre y le tendí la funda con el arma, luego el espray. Le miré y él me devolvió la mirada. Con resignación, abrí la solapa del cinturón y le entregué la navaja. Me sentí desnudo.

Se quedó satisfecho y las puertas del despacho se abrieron para mí. Hills se paró en el umbral indicándome con la mano que debía cruzar.

El despacho de Thrumbull era una pequeña biblioteca. Las paredes estaban repletas de estantes de madera noble con cientos de libros y archivadores. En el centro de la habitación había un escritorio con dos sillas de estilo victoriano recargado. Al otro lado, una moderna butaca de cuero negro me daba la espalda. Su ocupante miraba por el gran ventanal.

Aproveché el silencio de mi anfitrión para dar un segundo repaso a la habitación. Había una nota discordante en la pared del fondo, un poster de una vieja película. Fondo negro y estrellado, el amanecer oculto tras un negro monolito de geométrica arquitectura. ¿Qué diablos...?

—Siéntese, señor Holden —dijo una voz grave desde la butaca.

Acepté seguir su juego y me senté en una de las sillas. El hombre continuó hablando sin volverse.

—Agradezco que pueda atenderme con tanta precipitación. No acostumbro a tener prisa, pero necesito de sus servicios con urgencia.

Por supuesto que no solía tener prisa, eran los demás quienes esperaban por él.

—Su reputación hace que le conceda la máxima prioridad —repliqué con sinceridad—. Estoy aquí para ayudarle en lo que pueda, señor Trumbull.

La butaca se giró dejándome ver al gran magnate.

Las imágenes más recientes de Douglas Trumbull mostraban a un hombre mayor pero lleno de energía; el hombre que ahora me miraba estaba avejentado. Vestía un traje a medida y confeccionado con calidad pero su aspecto era descuidado, como si llevara varios días sin afeitarse ni cambiarse de ropa. No estaba sentado, se le veía hundido en su silla. Había perdido pelo, lo poco que le quedaba le caía despeinado y parecían surcos sobre su cabeza. Tenía la cara llena de arrugas, las pobladas cejas eran de color ceniciento y las gafas no ocultaban la mirada de un hombre vencido por las preocupaciones. La pequeña boca del millonario no sonreía.

—¿Tiene usted hijos, señor Holden?

—Sí, una hija.

—¿Puedo preguntarle si se lleva bien con ella?

—Nos llevamos bastante bien, aunque nos vemos poco. Vive en Los Ángeles, con su madre. Tiene una beca de investigación sobre biología marina en el Centro Oceanográfico de la Universidad de California —añadí con orgullo nada disimulado.

—Me alegro por usted. Mi hija trabaja en Seattle y con mi hijo apenas me hablo. Es importante mantener una buena relación con los hijos.

Douglas Trumbull era de los que necesitaban hablar antes de centrarse en sus preocupaciones, así que le animé a continuar:

—Estoy de acuerdo, señor Trumbull.

Me escudriñó con inteligencia.

—Deje que le cuente las penas de un viejo triunfador que ha perdido lo más importante de su vida. Sé que no le interesa, pero le pagaré muy bien por ello.

—No es ninguna molestia.

—Sí que lo es. Para usted no es más que el desvarío de un anciano que da la casualidad de ser una de las mayores fortunas del planeta. Aun así, escúcheme: esto es parte de su futuro trabajo.

—Tiene toda mi atención, señor Trumbull —le aseguré.

Asintió.

—He vivido obsesionado con el trabajo, que me mantenía ocupado todo el día y hasta me quitaba horas de sueño. Mi mujer se acabó acostumbrando y aprendió a hacer su vida, pero mis hijos... Nunca he tenido una verdadera relación de padre con ellos. Ya le he dicho que mi hija está al otro lado del país, con mi nieta. Al igual que le ha pasado a usted —comentó con tristeza—, la distancia nos ha ayudado en nuestra relación. Creo que hoy en día me llevo mejor con ella que cuando vivíamos en la misma casa.

—Entiendo.

—Timothy es mi hijo menor. Sigue viviendo en casa y quizás por eso alberga contra mí un feroz resentimiento. Sé que no he sido un buen padre, me he

olvidado de sus fiestas de cumpleaños y nunca he asistido a una sola entrega de sus premios —sus labios quisieron sonreír por la nostalgia, sin conseguirlo—. ¿Le he dicho que es un genio? No crea que es orgullo de padre, es una realidad que he dado por supuesta durante toda su vida. Así le he tratado, como a un genio y no como a un hijo.

Douglas Trumbull me miraba con tristeza y furia, ira contra sí mismo por el que consideraba el mayor fracaso de su vida. Guardé silencio y dejé que se tomara su tiempo.

—Trabaja para mí... No, la verdad es que Tim ha ocupado mi puesto en investigación e innovación tecnológica. Desde que usa mi nombre, nuestras empresas han copado gran parte del sector, en especial el derivado de energías renovables y desarrollo de fuentes alternativas. Es difícil admitir que el hijo ha superado al padre y que debía hacerme a un lado pero, cuando fui consciente de ello y vi al hombre en el que se había convertido, comprendí que me había equivocado en mi trato con él.

—¿Ha hablado de esto con su hijo?

—Lo he intentado varias veces, pero Tim no quiere escucharme y sólo se dirige a mí cuando se trata de asuntos empresariales. Cada vez que quiero arreglar las cosas, me rechaza y terminamos discutiendo. Sabe Dios que quería hacer las paces, pero ahora...

No pudo seguir hablando, hizo un esfuerzo de voluntad para contener las lágrimas. Nos acercábamos al asunto que me había llevado hasta allí.

—¿Qué le ha ocurrido a su hijo, señor Trumbull?

—No lo sé —el millonario tomó aire—. Hace seis días, mi hijo Tim no se levantó de la cama. Estaba

dormido, profundamente dormido. Y sigue así hoy en día. Los médicos dicen que no está en coma, que simplemente se encuentra en un sueño profundo.

Me miró con los labios apretados, estudiando mi reacción. Saqué la libreta del bolsillo y le pedí permiso para tomar apuntes.

Douglas Trumbull asintió en silencio.

—Si le he entendido bien, su hijo está dormido y no consiguen hacerle despertar.

—Me ha entendido perfectamente.

Apunté aquel extraño dato seguido de una interrogación.

—De acuerdo. Continúe, por favor.

—La señora Fuertes, el ama de llaves, tiene órdenes de entrar en su cuarto por las mañanas y despertarle, pero ese día Tim no reaccionó. La mujer dice que le llamó varias veces por su nombre y que llegó a zarandearle. Se puso histérica y gritó pidiendo ayuda. El servicio fue atraído por los gritos, comprobaron que Tim tenía pulso y que respiraba con normalidad, pero no se despertaba de ninguna manera. Creyeron que había entrado en coma y Hills me telefoneó preocupado.

—¿Dónde estaba usted?

—En Manhattan, cerrando un contrato. Cuando Hills me explicó lo que ocurría, le dejé un mensaje al doctor Tanner, nuestro médico personal aquí en Boston, y cogí el helicóptero. En mitad de vuelo el doctor me llamó. Había examinado a Tim pero no tenía claro el diagnóstico. Estaba desconcertado. No se trataba de un coma, tampoco encontraba ninguna anomalía física que le mantuviera en ese estado. Tanner me recomendó ingresarle para realizar un diagnóstico especializado. Así que, en cuanto llegué a casa, cogí a mi hijo y le trasladé

yo mismo a la UCI del Hospital Monte Sinaí, en Nueva York.

—¿Por qué trasladarlo a Nueva York?

—En ese hospital se encuentra el mejor equipo de cardiología y neurología.

—¿Qué le han dicho?

—Están tan desconcertados como el doctor Tanner. Según me han explicado, cuando dormimos o estamos en coma, la actividad neuroeléctrica del cerebro se mueve en el rango entre los cuatro y los catorce ciclos por segundo. Sin embargo, el cerebro de Tim ronda los veinte ciclos por segundo. No presenta ninguna patología y los procesos de su cerebro son estables. Tim debería estar despierto.

Ante un caso singular, y siendo el paciente un Trumbull, seguro que las alarmas del hospital habían saltado.

—¿Y qué le ha dicho el CDC?

El millonario asintió brevemente por la pregunta, satisfecho con mi deducción. El honorario por mis servicios había aumentado.

—Los expertos del CDC de Washington tardaron tres horas en enterarse de lo que le ocurría a mi hijo y en enviar un equipo de investigación. Su conclusión es: coma ligero inducido por causas desconocidas. Una forma de justificar que no saben qué le pasa.

El millonario arrojó sobre el escritorio de roble un legajo de informes hospitalarios y pruebas clínicas. Miré por encima aquella documentación.

—Lo han intentado todo para reanimarle: drogas, estímulos sonoros, dolor. Nada funciona, y estoy desesperado.

Le di unos segundos mientras ojeaba los informes. No entendía la jerga médica, pero sí que sabía leer entre líneas. En los apartados para conclusiones, cada doctor negaba cualquier síntoma relacionado con su especialidad e intentaban pasar el caso a otro colega igual que una patata caliente. Se cubrían las espaldas ante una enfermedad que no entendían y un apellido que podía hundirles en la miseria. Miré a Trumbull, era un hombre inteligente y seguro que comprendía aquella maniobra de sálvese quien pueda.

—¿Y la prensa?

Asintió, pues comprendía la pregunta.

—Algún periódico se ha enterado, pero he conseguido que pospongan la noticia por unos días. Viejos favores personales, ya sabe. Necesito alguna pista, cualquier cosa que ayude a los médicos. Por eso le he hecho venir.

—¿Cree que alguien ha provocado el estado en el que se encuentra su hijo?

—Tengo una corazonada, señor Holden. Lo que le ocurre a Tim es inexplicable. No tiene falta de riego cerebral o cualquier otra problemática física, sus constantes son estables y los análisis neurológicos muestran que no está durmiendo. ¡Debería estar despierto! No, señor Holden, esto no tiene causas naturales.

—¿Le ha contado sus sospechas a la policía o al FBI?

—No me creerían. Tengo la seguridad privada de un jefe de estado, y mis hijos también. Mis empleados son de total confianza, llevan mucho tiempo conmigo y están muy bien pagados, por lo que estoy seguro de que nadie de fuera de esta casa ha podido acceder hasta el

dormitorio de mi hijo. Además, los análisis toxicológicos han sido exhaustivos y dan negativo, así que no tengo pruebas de que mi hijo haya sido envenenado. Necesito un investigador externo, alguien que verifique mis sospechas, que sea discreto y eficiente. La señorita Morgan me ha dicho que ese alguien puede ser usted.

Era el momento de cerrar nuestro contrato. Aún no había escuchado su oferta pero me interesaba el caso. Para mí, dormir era una pesadilla. Y el hijo de aquel hombre no podía despertar. Quería ayudarlo porque esperaba ayudarme a mí mismo.

—Si hay alguien detrás del estado en el que se encuentra su hijo, lo descubriré —le dije convencido.

Pareció desprenderse de un gran peso que le agobiaba.

—Gracias, señor Holden. Le pagaré trescientos dólares por día. Diez mil si descubre quién es el culpable y medio millón si consigue que mi hijo despierte.

El corazón se me aceleró.

—Eso es más que generoso.

—¿De qué me sirve el dinero si pierdo a mi hijo?

Yo daría mi vida por mi hija Sammy. Supongo que el viejo potentado estaba dispuesto a lo mismo por el suyo. La promesa de medio millón era algo más que un aliciente, remarcaba que su fin último era despertar a su hijo, además de una velada amenaza de lo mal que se tomaría mi fracaso.

—Acepto su oferta, señor Trumbull, y si no le importa, me gustaría empezar con algunas preguntas.

—Adelante. Pregunte lo que quiera.

Tenía su permiso para ir a bocajarro.

—¿De quién sospecha?

—Tengo a alguien en mente desde hace unos días. Una amiga de mi hijo, la señorita Zhora Norton. Dice que es parapsicóloga —bufó—. Una chiflada, o peor, una sacacuartos de chiflados. Comparte con mi hijo el gusto por el ocultismo y la fantasía. A mí no me traga, y el sentimiento es mutuo. Vive en una casa en Arlington. Hills puede darle la dirección y uno de mis hombres le llevará allí si así lo desea.

—Prefiero trabajar solo, señor Trumbull. Con la dirección bastará. ¿Qué ha querido decir con “ocultismo y fantasía”?

—Tim es curioso por naturaleza, desde pequeño ya mostraba aptitudes científicas. Siempre le ha gustado descubrir cosas nuevas, analizarlas y desentrañar sus secretos. Para él, las reglas físicas del mundo eran un juego, un reto que se le daba bien. Quizás demasiado bien.

—No le entiendo.

—Imagine un niño pequeño que pronto se aburre del mundo que le rodea. ¿Qué hace? Llenar su mundo con fantasías inexplicables.

—Igual que cualquier niño, señor Trumbull.

—Nadie es como mi hijo, señor Holden —me respondió irritado.

Deliberadamente, fui el primero en apartar la mirada. Continuó.

—Lo siento, usted también es padre y no pretendía ofenderle. No tome mis palabras como orgullo paternal ni una pretensión de que Tim sea mejor que su hija. Lo que quiero decir es que era un niño especial, diferente. No jugaba con otros niños y vivía aislado en su mundo. Sus profesores decían que no atendía en las clases y que se dedicaba a leer, aunque sus notas eran las mejores de

su promoción. Ahora se les llama superdotados, y otras cosas peores.

—Entiendo.

—A Tim siempre le ha gustado lo relacionado con lo extravagante, dice que lo anormal también se rige por sus propias leyes naturales y que, una vez asimiladas, cualquier cosa se demuestra posible. Empezó leyendo novelas de miedo o de naves espaciales, luego siguió con las consolas y hoy es el día en que continúa jugando a matar monstruos. Siempre he supuesto que esta afición por la fantasía era una válvula de escape para su mente científica.

—Esto corresponde a la afición de su hijo por la fantasía, pero también ha mencionado el ocultismo. ¿Qué quería decir?

—Hace unos años sus hábitos de lectura cambiaron y se interesó por la filosofía de las diferentes religiones del mundo. Como también le gusta la historia, no creí que fuera una búsqueda espiritual. Además, a veces se reía de la ingenuidad de los crédulos o bien rechazaba con la cabeza su necedad. Yo daba por supuesto que se trataba de la eterna lucha entre la ciencia y la fe, ¿quién no la ha sentido? Pero el año pasado su afición literaria se refinó y pasó a leer sobre temas esotéricos. Por lo que me ha contado mi gente, también empezó a asistir a charlas y presentaciones pseudocientíficas. Y tampoco le di importancia.

Douglas Trumbull volvió a hundirse sobre sí mismo, culpándose en silencio por la poca atención prestada a su hijo.

—¿Cree que la señorita Norton fue la que le introdujo en esos temas esotéricos?

—Estoy seguro.

—¿Han hablado con ella? ¿Sabe lo que le ha ocurrido a su hijo?

—No he dado órdenes al respecto. He creído que era mejor no hablar con ella por si mis sospechas se fundan en nuestra mutua animadversión. Esa Zhora ha pasado mucho tiempo con Tim, y bastantes problemas he tenido con él como para, además, acusar a una de sus pocas amistades de envenenamiento por el mero hecho de no llevarme bien con ella.

—Seré diplomático. ¿Puedo comunicar el estado actual en el que se encuentra su hijo?

—Puede decirlo si cree que eso le ayudará en su investigación, pero sea prudente.

—¿Tiene su hijo algún rival directo en la empresa?

—Todos piensan que se dedica a escribir tres o cuatro informes al mes para justificar su sueldo. En la sección I+D reciben los proyectos firmados por mi puño y letra, nadie sabe que él los ha desarrollado ni que es el promotor directo que está detrás de los nuevos diseños.

—¿Por qué no?

—Señor Holden, el éxito ha sido la meta en mi vida. Mi hijo me desprecia y por eso me está regalando los mayores logros de mi carrera profesional. ¿Lo entiende? —asentí—. Dice que le gusta trabajar desde el anonimato de su ordenador, pero los dos sabemos la verdad. Debo reconocérselo públicamente, se lo debo. Quiero presentarle ante los accionistas y declararle como mi sucesor. Sé que no lo van a entender y me da igual, mi hijo es un genio y está lanzando la empresa por nuevos caminos tecnológicos. Tengo muchas razones materiales para desear que mi hijo se despierte, señor Holden, pero necesito que lo haga porque le quiero. Y nunca se lo he dicho.

El anciano apartó la mirada, afectado, derrotado.

—Me gustaría ver la habitación de su hijo, señor Trumbull.

—No hay ningún problema, Hills se la enseñará. Y si necesita algo, sólo tiene que avisarle.

Me levanté y extendí la mano hacia mi nuevo cliente. Había fuerza y dolor en su apretón.

Seguía triste pero aliviado. En mis espaldas recaía ahora una gran responsabilidad.

—Por favor, manténgame informado. Hills le proporcionará mi número de móvil privado y el de casa. Buena suerte.

Asentí y le dejé a solas con su desesperación.

En el pasillo me esperaban Hills y el vigilante que custodiaba mis armas. Cerré la puerta tras de mí, apenas hizo ruido.

—Aquí tiene sus pertenencias —el guardia me devolvió mi artillería privada.

—Gracias.

El mayordomo tenía una mano en la oreja, escuchaba por el transmisor. Asintió y se acercó a mí.

—He recibido órdenes de prestarle servicio, señor Holden.

—Me gustaría examinar la habitación de Timothy.

—Como desee el señor. Sígame —el mayordomo me dio la espalda.

Regresamos al recibidor y Hills volvió a hacer un gesto con la mano a los dos miembros de seguridad. Nos dirigimos al ala izquierda de la mansión.

Fui tras él por un largo pasillo que seguía el patrón de suelo de mármol, paredes esculpidas y decoradas con obras de arte y objetos de diseño que parecían tan

delicados como exclusivos. Llegamos hasta una escalinata, también de mármol blanco y balaustrada de bronce brillante y madera barnizada.

En lo alto, el descansillo se convertía en dos galerías que recorrían todo el piso superior. Mi guía subió las escaleras con paso lento.

—Hills, ¿qué puede decirme de la señorita... Fuertes?

—Es el ama de llaves de la casa, señor Holden. Lleva con nosotros más de treinta años y si pregunta mi opinión porque fue ella quien encontró al señorito Timothy en su estado actual, le diré que es de plena confianza, igual que el resto de personal.

—¿Me lo diría si no confiara en ella?

—No sería necesario, señor Holden, porque no trabajaría para esta casa.

Las habitaciones de la mansión daban al exterior por lo que el pasillo debía ser iluminado por luz artificial. En el techo se habían instalado cinco grandes espejos cóncavos y otros tantos a media altura. La luz natural entraba desde un lejano ventanal y se reflejaba en los espejos iluminando el pasillo. Había visto usar este recurso en películas sobre Egipto. Sin duda era tan eficaz como barato.

—Una de las remodelaciones que ha hecho el señorito Timothy por toda la casa —explicó el mayordomo.

—¿Por qué?

—Ahorro energético, señor Holden. En esta casa las luces sólo se encienden por la noche y hay suficientes generadores fotovoltaicos para cubrir el suministro diario de toda la propiedad.

Fruncí el ceño: un hombre que tenía aparcado un helicóptero en la puerta de su mansión quería ahorrar electricidad. Eso me llevaba a otra pregunta.

—¿Por qué?

Hill no respondió, se detuvo frente a la segunda puerta de la izquierda y la abrió.

—La habitación de Timothy, señor Holden.

El cuarto era espacioso y estaba bien iluminado por dos grandes ventanales lacados en blanco. Un plafón se agazapaba en el techo. Encendí la luz y comprobé que las bombillas eran leds de bajo consumo. Volví a apagarla y Hills asintió.

Los cuadros que había colgados eran diplomas y diversos premios, las paredes eran todo un muestrario del éxito intelectual del joven Trumbull. A la derecha había un enorme armario empotrado tintado en negro. La pared izquierda tenía tres anchas estanterías abarrotadas de libros. En el centro, un tatami japonés de ébano acompañado por una mesita a juego y con su lamparita de noche.

En un moderno escritorio al lado de las ventanas había un ordenador de tipo torre conectado a una gran impresora y una tabla de dibujo profesional. Sobre la mesa, una ultra tableta y un flexo rojo como nota de color.

Algo fallaba en ese escenario. Todo transmitía un orden que no me cuadraba. Aquella estancia había sido adecentada meticulosamente.

—Hills, ¿han limpiado la habitación?

—Por supuesto, señor Holden. Pero no antes de que los especialistas del CDC la hubiesen comprobado centímetro a centímetro.

—Ya. ¿Falta algo?

—La ropa y las sabanas —se acercó al armario y lo abrió para enseñarme que estaba vacío, igual que los cajones—. Los investigadores del CDC se han llevado toda la ropa para examinarla. El resto de pertenencias está guardado en su sitio.

—¿Timothy es tan meticuloso?

—Yo no le describiría así, señor Holden. Nada más lejos de mi intención que criticar las costumbres del señor, pero su juventud no le permite apreciar las virtudes del orden y la limpieza.

Seguro que la asistente tenía bien ganado su sueldo.

—Voy a echar un vistazo.

—Como desee el señor.

Me acerqué a las estanterías. El estrafalario escritor de terror y ciencia ficción Howard Phillips Lovecraft dominaba el primer mueble. Aquella biblioteca se me antojaba un altar dedicado a ese autor de horror cósmico, o como diablos llamaran a su género literario.

Más de la mitad de los volúmenes de aquel primer estante eran la obra completa de Lovecraft, incluyendo algún texto que parecía original, diversas ediciones de un mismo título y un buen número de biografías y estudios literarios sobre su vida y obra.

En las baldas inferiores se acumulaban antologías de sus seguidores, como August Derleth y Robert Bloch, o bien aquellos que le sirvieron de influencia, como Poe o Lord Dunsany.

Conocía esas lecturas, cualquiera que viviera en Nueva Inglaterra y hubiese cursado estudios secundarios conocía a Lovecraft. Yo mismo había tenido que leer en el instituto parte de la obra del "caballero de Providence", y

hoy en día encontraba su legado en muchos libros y películas.

Pensé que Timothy Trumbull era uno de esos colgados obsesionados con Lovecraft.

La segunda estantería era utilizada como sección literaria diferente. Estos títulos no tenían nada que ver con la ficción, ni siquiera eran novelas. Abundaban los tratados históricos y se podían recorrer todas las civilizaciones del planeta, empezando por el hombre de las cavernas y terminando en la época actual, desde la China dinástica hasta los imperios amerindios, la Guerra Civil americana o la Rusia de los zares. Todo un compendio de la civilización humana.

Como si fueran estudios inseparables, había libros de religión mezclados con ensayos históricos. Una *Biblia* descansaba entre el *Talmud* y el *Corán*, seguidos entre otros por el *Libro de Mormón*, las *Vedas hindúes* o el *Libro de los Muertos* tibetano.

En la parte inferior había otros volúmenes que trataban abiertamente el tema de la parapsicología. Algunos eran textos clásicos como la *Cábala*, el *I Ching* o el *Corpus Hermeticum* de Newton, también había otros más modernos como: *La verdad de los ovnis*, *El poder de la mente* o *Las facetas de la existencia*.

Terror científico, historia, religión, ocultismo... aquellos eran los gustos del hijo de mi cliente.

Pasé a la tercera estantería preguntándome qué más iba a encontrar. Aquí había manuales técnicos y tratados científicos, y requerían de una educación disciplinada y extensa para comprenderlos. Los títulos eran variados: *Biología marina y nichos abisales en fenómenos térmicos*, *Principios de electrodinámica*, *Realidad o espejismo de la fusión nuclear*, *Bosones y resonancia interdimensional*...

En los estantes centrales encontré títulos que destacaban por la particularidad del caso: *Tipología de los sueños*, *Neuroconductores y la actividad cerebral en el sueño y la vigilia*, *Análisis psicológico de los sueños...*

Aquellos textos estaban usados, no eran meros libros decorativos y congeniaban con los diferentes premios y diplomas colgados en las paredes. Tenía que aceptar como dato verídico que Timothy Trumbull era muy inteligente.

Repasé las estanterías por si había algo oculto y saqué libros al azar. Acabé junto a la sección fantástica y extraje un libro cualquiera. No había nada detrás.

Miré el volumen que tenía entre manos: *Los mitos de Cthulhu*. Cerré los ojos, aquel título me transportaba a la adolescencia. Lo abrí, pasé las hojas y me encontré con que el libro estaba subrayado. Leí un pasaje: “No está muerto...”

Llegué al final del libro y descubrí que estaba sellado: Librería Miskatonic. Fruncí el ceño. En la ciudad ficticia de Arkham, Lovecraft había inventado la Universidad Miskatonic, y en su biblioteca se guardaban libros blasfemos que nadie debería leer.

Cogí otro libro al azar y comprobé que no tenía un sello de la librería, saqué un tercer libro y este también carecía de sello.

Me moví entre las estanterías sacando libros y buscando el sello, aproximadamente uno de cada tres libros lo tenían. Podía afirmar que Timothy Trumbull era cliente habitual de la Librería Miskatonic y copié la dirección en la libreta.

Fui a la mesa y señalé el ordenador y la ultra tableta.

—¿Sería posible acceder a la información del ordenador de Timothy?

—Lo lamento —respondió el mayordomo sin aparentar sentirlo—. La tableta está sin clave de acceso pero el señor tiene un avanzado sistema de seguridad en su ordenador. Es el mismo software de encriptación que usan en los equipos informáticos de TruTech, calificado como inexpugnable. Puede imaginar que no es de mi incumbencia conocer su clave privada, señor Holden.

—¿El ordenador está protegido y la tableta no? ¿Por qué?

—Según tengo entendido, Timothy usa la tableta para cosas triviales y para navegar. El ordenador lo utiliza para labores profesionales y contiene información sensible que no debe caer en malas manos. Ni siquiera tiene conexión a Internet, señor Holden. Y ese periférico que está cerca de la ventana es un sistema de protección contra intrusión externa.

—¿Y esa información tan crítica tiene copias de seguridad?

—Sí, pero está encriptada con algoritmos similares al del ordenador. El señor los guarda en una caja fuerte en el último cajón de ese escritorio.

—¿Puedo comprobarlo?

—Adelante, señor Holden.

Al abrir el cajón vi una pequeña caja fuerte. No reconocí el modelo, había sido fabricada por encargo. Sabía de alguien capaz de reventarla, pero sus servicios eran caros y lo que había allí dentro, en principio, tampoco era de mi incumbencia y allí se quedaría.

—Me gustaría ver la tableta.

El mayordomo asintió y la encendí. Hills tenía razón, no me pidió clave de acceso. El escritorio contenía unas cuantas carpetas con títulos variados.

Abrí una llamada “Artículos” y que guardaba un montón de archivos de difusión pública. Otra que se llamaba “Descargas” y tenía películas compradas por internet, música y libros. Abrí otra que se llamaba “Juegos” y que contenía diversos juegos, sobre todo los llamados de estrategia en tiempo real.

Nada de interés.

Abrí el correo electrónico sin problemas porque tenía guardada la contraseña. En la lista de correos recibidos destacaban dos nombres por la asiduidad de sus mensajes: uno era Zhora Norton y el otro Nicholas Heinn.

— ¿Quién es?

— Nicholas Heinn es directivo de TruTech, encargado de la división I+D de la empresa.

Abrí unos cuantos mensajes del directivo y comprobé que no había ningún problema en leerlos, pero los archivos adjuntos estaban codificados y se requería una clave de acceso para abrirlos. Eran informes sobre un prototipo en el que trabajaban, un motor a reacción con base de hidrógeno que serviría, por lo que logré descifrar de la jerga técnica, para que un avión o un misil usaran agua como combustible.

En los mensajes se comentaban los errores subsanados en los modelos, señalaban que había alteraciones en los planos de ingeniería, y todos ellos iban dirigidos a Trumbull padre, sin dar muestras de saber que era el hijo quien respondía.

En cuanto a los mensajes de Zhora Norton, la mayoría eran respuestas a conversaciones que no

aparecían, casi telegráficas. Respuestas extrañas pero con un nexo en común: los sueños.

La última entrada de Timothy decía: “Está claro que en el sueño se alteran los campos neuroeléctricos del cerebro, y que ellos son capaces de evaluar la radiación psíquica y focalizarla en los nódulos de resonancia de Higgs”. A lo que Zhora respondía: “Toda tecnología lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia. ¡Estás cerca!”

No sabía de qué estaban hablando, ni quiénes eran esos “ellos” que mencionaba al principio del mensaje. Y Timothy estaba cerca... ¿de qué?

El caso se volvía más interesante, si se entiende interesante como no saber qué está ocurriendo y que la cosa se complica por momentos.

Dejé a un lado la tableta y le comenté a Hills que iba a ponerme con el ordenador. El zumbido de la maquina quedó ahogado cuando la BIOS puso en funcionamiento el modo de refrigeración silencioso. Un rótulo gris en el monitor exigía clave de acceso.

—Ya le avisé que habría una contraseña, señor Holden.

—Voy a intentar adivinarla.

Cuando buscamos una clave tendemos a pensar que quien la ha puesto es estúpido.

Tecléé "Lovecraft".

Incorrecta.

"Howard".

Otra vez mal.

"Howard Phillips Lovecraft".

Ni en broma.

Decidí dejarlo, era una pérdida de tiempo y no quería ser yo quien se sintiera como un estúpido.

—No podía ser tan fácil —me justifiqué ante el mayordomo.

—Permítame informarle que el señor es un joven brillante en el terreno intelectual. No creo que pueda adivinar la clave de acceso, señor Holden.

—Tenía que intentarlo —repetí.

—Por supuesto, señor Holden —contestó el hombre de forma educada.

Pasé más de una hora revisando la habitación bajo la atenta vigilancia del mayordomo. No encontré nada que me llamara la atención, nada comprometedor para un joven millonario, ni siquiera para un simple joven.

Volví a revisar los mensajes que mantenía con Zhora Norton y pedí permiso para sacar una copia impresa. Tras una rápida primera lectura, deduje que discutían acerca de los sueños y su influencia psicosomática y espiritual, tratándolos como una dimensión paralela a la realidad.

Lo que decían no tenía sentido para mí, toda la conversación era una especie de pseudofilosofía manifestada con un lenguaje técnico incomprensible. Aquello llamaba mi atención, pero no dejaba de ser circunstancial y nada concluyente, aunque lo tuve en cuenta como un indicio que debía ser investigado.

Miré alrededor con una molesta sensación de picor y no poder rascarme, de estar dejando escapar una pista o saber algo que no era consciente de que sabía, de haber dado el primer paso en la dirección correcta y no tener ni idea de hacia dónde me conducía.

Deambulé por el dormitorio mirando nada concreto hasta que encontré la nota discordante, aquello que mi inconsciente había detectado y que llevaba un buen rato avisándome de su presencia.

Me costó ver la pequeña figura acechando desde lo alto del armario. Alargué el brazo para cogerla pero retiré la mano sin siquiera tocarla. Cogí una silla, me subí encima y quedé a su altura.

No me gustó.

La miniatura era de forma antropomórfica, tenía desplegadas dos grandes alas de murciélago y sus barbas flageladas se sacudían como tentáculos bramando una advertencia.

Me bajé de la silla.

Hills no hizo ningún comentario.

—He terminado.

De regreso a la planta baja, el mayordomo me proporcionó las direcciones y teléfonos necesarios y respondió algunas preguntas irrelevantes.

En el recibidor, los dos guardias esperaban junto a un tercer hombre, que vino a nosotros con paso decidido.

—Señor Holden, permita que le presente a Norman West, jefe de seguridad.

El hombre me llegaba a la altura de la barbilla y su constitución no era tan robusta como la de los guardaespaldas, pero era puro nervio. Tenía el pelo rapado al estilo militar, caminaba con los brazos arqueados y escondía dos armas bajo la chaqueta. Norman West me miraba con ojos fríos e inquisitivos, los ojos de un hombre peligroso.

—Señor Holden, me han informado que ha sido contratado como investigador externo.

—Así es.

—¿Policía retirado?

—Siete años en el cuerpo.

—¿Por qué lo dejó?

—Estrés postraumático.

Sus músculos faciales se tensaron. La psique de cada individuo es diferente, pero sufrir un impacto emocional deja huellas similares. Aquel hombre había padecido estrés de combate, había visto morir a compañeros.

Igual que yo.

—¿Bebe?

—No, pesadillas.

Asintió dándome a entender que había recibido un informe sobre mí, que conocía los datos y que sólo quería mirarme a los ojos y escuchar la respuesta por mi boca.

—Muy bien, señor Holden. Quiero dejarle claras un par de cosas. Primero: lo sucedido al joven Trumbull es información sensible. Manéjela con cuidado —advirtió.

—El compromiso de confidencialidad con mis clientes está garantizado, señor West.

—Perfecto. Usted ha sido contratado como investigador externo porque el equipo de seguridad ha fallado en sus obligaciones y su labor es descubrir cómo. He dado órdenes de no interferencia y he abierto mi propia investigación interna, aunque dudo que ninguno de mis hombres esté implicado.

Aquello no me lo esperaba. Suponía que querría obligarme a que llevara conmigo a alguno de sus guardaespaldas, no este voto de confianza.

—Quiero que entienda que soy yo quien ha fallado en la protección de su objetivo, y que todavía no sé cómo, ni quién, ni por qué. Esto no me gusta, no me gusta nada y quiero respuestas. Usted es el sabueso encargado de averiguar qué ha pasado, pero no olvide que nosotros somos profesionales en otro tipo de asuntos. Si se ve en una situación problemática, llámeme a este número y le enviaré un equipo de apoyo —cogí su tarjeta y él dejó

pasar unos segundos para que asimilara las implicaciones de su ofrecimiento—. ¿Lo ha entendido?

—Me ha quedado claro. Gracias, señor West.

Me estrechó la mano, su puño era de hierro y su pulso firme. Hills me abrió la puerta principal y se despidió cordial a su estirada manera.

El coche negro que me había traído a la mansión Trumbull me devolvió frente a mi portal. El chófer arrancó en cuanto pisé la calle, abrí el paraguas y corrí a casa para no mojarme con la lluvia.

Estaba sentado con un café, el ordenador abierto y la libreta en la mano. Tenía un caso, y era tan interesante como extraño.

A la policía no nos gustan los casos raros. Podemos lidiar con la repugnancia y la aversión de un asesino en serie porque entendemos que es producto de la psicopatía y la locura, pero los casos raros son otra cosa. Circunstancias que se salen de lo común, información incongruente y sin sentido, situaciones inexplicables cuyas pistas no tienen razón de ser... esos son los casos que ningún policía quiere tener. Pero yo ya no era policía y me tocaba tragar con aquello.

Leí una y otra vez los apuntes que había tomado. Timothy Trumbull se encontraba atrapado en un sueño profundo. Los médicos decían que no localizaban otros síntomas ni su causa, físicamente estaba bien pero no despertaba. No terminaba de creérmelo.

Busqué información en internet sobre los trastornos del sueño. Fui afinando la búsqueda y rebajé de millones de entradas a sólo cientos de miles.

Encontré artículos médicos que detallaban la experiencia de sujetos con graves trastornos que se

habían mantenido despiertos durante días, pero no se mencionaba ningún caso contrario. En cambio, en páginas web de cuentos y leyendas sí que se hablaba de personajes que se pasaban años durmiendo, a veces hasta siglos. Aunque los motivos fueran diferentes, estos personajes del folclore caían víctimas del sueño por culpa de la magia.

Dejé el ordenador y cogí el arcaico tomo de la guía telefónica, tenía ya varios años y estaba desfasado. Como no es normal que un profesional con larga trayectoria cambie su número de teléfono, la guía solía resultarme útil para verificar identidades. Consulté el número del doctor Tanner, coincidía con el que me había dado Hills. Di por confirmada su identidad y le llamé.

—Consulta del doctor Tanner, ¿en qué puedo ayudarle?

—Quiero hablar con el doctor Tanner, por favor.

—En estos momentos no puede...

—Dígale que llamo en nombre de Douglas Trumbull —interrumpí a la secretaria.

—Ahora mismo el doctor Tanner está...

—Por favor, es urgente y el doctor quiere hablar conmigo.

Silencio telefónico.

—Un momento.

El momento se alargó un par de minutos, hasta que la línea se abrió.

—Soy el doctor Tanner —dijo una enfadada voz masculina.

—Buenos días, doctor. Me llamo Brian Holden y estoy prestando servicio a Douglas Trumbull. ¿Conoce a mi cliente?

—No sé quién es usted, señor Holden, pero le advierto que no voy a hablar de mis pacientes. Y menos por teléfono.

—Respeto el secreto profesional, doctor. Sólo quiero aclarar un par de cuestiones con usted. ¿Me ayuda? —titubeó y me aproveché de su duda—. Dice que el señor Trumbull es su paciente. ¿Correcto?

—¿Quién es usted?

—Alguien que hace preguntas para que el hijo de su cliente despierte con las respuestas.

Una pausa.

—Comprendo.

Sí, comprendía. Aquello era todo lo que necesitaba. La historia de Trumbull era cierta. Timothy estaba dormido por causas desconocidas y no había forma de hacerle despertar.

—Gracias por su tiempo, doctor Tanner.

—¿Qué? ¿No me va a preguntar nada?

—Ambos sabemos lo ocurrido, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Era lo único que necesitaba de usted, doctor. Mi primer paso era confirmar el suceso.

—¿Le ha contratado el señor Trumbull para que investigue lo ocurrido a su hijo?

—Lo siento pero no puedo revelar detalles de mis clientes, doctor.

Tanner se rió por lo bajo, le había dado la misma contestación que él me había dado a mí y nuestros papeles se habían invertido.

—Señor Holden —le noté preocupado, dispuesto a colaborar—. ¿Necesita saber algo más?

—Sólo tenía que verificar que los informes médicos mostrados por mi cliente no eran una falsificación y que estaban firmados por usted.

—Si son los informes que tratan de una extraña afección del sueño, sí que están firmados por mí.

—En principio, no tengo más preguntas para usted. Gracias por su colaboración, doctor Tanner, y disculpe las molestias que he podido ocasionarle.

—No termino de entender por qué Trumbull le ha contratado, señor Holden, pero cualquier ayuda es bien recibida.

—Gracias, doctor. Adiós.

La historia era cierta. Timothy Trumbull llevaba seis días en un sueño profundo del que no podía salir.

Pensé en mis propias pesadillas y apreté la mandíbula.

La pantalla del ordenador mostraba la búsqueda de la librería Miskatonic. Llevaba media hora abriendo y cerrando páginas. Aunque el mundo es grande y había centenares de librerías con ese nombre, ninguna estaba en Boston. Y en el mapa digital, la dirección sólo mostraba un callejón junto a un bar.

La librería existía porque había apuntado la dirección de su sello, quizás no tenía página en internet, quizás se encontraba al fondo del callejón.

Me encogí de hombros. Ya había perdido demasiado tiempo con aquello.

Cogí de nuevo el teléfono y marqué el número.

—TruTech, buenos días.

—Hola, buenos días. Le llamo del News MIT, la revista del Instituto Tecnológico de Massachusetts. Estamos preparando un artículo sobre TruTech y nos

gustaría ponernos en contacto con Nicholas Heinn, directivo de la sección I+D, ¿correcto?

La recepcionista tardó unos segundos en asimilar el torrente de información que le había soltado.

—Un momento.

El teléfono sonó una vez y fue descolgado.

—Investigación.

—Con Nicholas Heinn, por favor.

—¿Quién le llama?

Repetí mi tapadera, añadiendo algunos detalles verídicos para hacer más realista mi falsa identidad. Alagué a TruTech y expliqué que quería hacer unas preguntas al responsable de la sección de desarrollo.

La secretaria de Nicholas Heinn me pasó con él.

El doctor Tanner era un profesional que entendía la necesidad de silencio en aquel caso, pero con el directivo tenía que mentir para poder sonsacarle la información que buscaba.

—Soy Nicholas Heinn. ¿En qué puedo ayudarle?

Su voz era melosa, la secretaria le había dejado preparado para el interrogatorio.

—No sabe lo que me alegra poder hablar con usted, señor Heinn. En el MIT estamos fascinados por los últimos avances que están realizando ustedes en TruTech.

—Bueno, gracias, pero no es para tanto.

—Es increíble adónde llegan sus investigaciones. Sin gente como ustedes seguiríamos usando calderas de vapor —dije como un memo.

—Ja, ja, ja. Hombre, digo yo que algún avance se habría dado.

—Ya sabe que aquí en el MIT tenemos un edificio Trumbull.

—Sí, sí que lo sabía.

—Y se dice que el señor Douglas Trumbull ha renacido de sus cenizas.

—No estoy de acuerdo con eso —se puso a la defensiva—. El señor Trumbull nunca ha caído.

—Me gusta esa expresión, ¿me permite usarla en mi artículo?

—Sí, por supuesto.

—A ver qué le parece esto: “El señor Trumbull nunca ha caído, si acaso, como el Fénix ha renacido aún más fuerte”.

Se lo pensó.

—De acuerdo, queda bien. Respete a mi jefe y seguro que a sus lectores les gusta.

—Entonces, ¿es cierto que el señor Trumbull está muy activo últimamente, que parece haber renacido?

—¿Por qué lo dice?

—Los compañeros de economía hablan de valores de bolsa y ese tipo de cosas. TruTech está en boga y creemos que se debe a la investigación, la sección que usted dirige, señor Heinn. ¿Sería correcto afirmar que todo este impulso innovador se debe a usted?

Nicholas Heinn guardó silencio. Había alentado su vanidad, le ofrecía vanagloriarse de los logros de una gran corporación. Pero le obligaba a decir la verdad porque, si mentía, saldría publicado y Douglas Trumbull conocería su traición.

—Me gustaría poder decir que sí, pero no sería del todo cierto. La verdad es que Douglas Trumbull parece rejuvenecido. El jefe ha estado muy activo últimamente, ha ideado unos prototipos sorprendentes.

—Pero los prototipos los construyen ustedes.

—Sí, nosotros los construimos, comprobamos errores y mejoramos los diseños.

—En el MIT nos enseñan que tener la idea es tan importante como ser capaz de expresarla —le di la oportunidad de recuperar terreno.

—Muy bien dicho. Eso es lo que hacemos aquí: expresar las ideas. La innovación no es sino una causa directa de la investigación. Sólo son palabras, fórmulas para describir los procesos científicos. En TruTech trabajamos con ideas, y esas ideas producen prototipos que pueden llegar a cambiar nuestra forma de ver el mundo.

Era el momento.

—Creo que el señor Trumbull tiene un hijo.

Y eso era todo lo que tenía que decir sobre Timothy Trumbull.

—Sí —respondió escueto.

Tras unos segundos de silencio, continué con mi interrogatorio.

—¿Y trabaja con ustedes?

Escuché un carraspeo al otro lado de la línea.

—Creo que el hijo trabaja en otra sección de la empresa. Personal, o Recursos Humanos. No lo sé.

—¿No conoce a Timothy Trumbull?

—Le he visto alguna vez en las cenas de empresa.

—¿Y qué impresión le merece?

Regresó el silencio, evaluaba su respuesta.

—No parece haber heredado la inquietud científica de su padre —respondió diplomático.

Pensaba que era un inútil. En TruTech se tenía a Timothy Trumbull como a un parásito que vivía a expensas de su familia. No conocían su influencia.

Me despedí del directivo prometiéndole una copia del artículo que nunca escribiría.

La cuestión de intrigas laborales quedaba descartada. Me quedaba una pista por investigar.

Y era la que más me preocupaba.

Trumbull sospechaba de Zhora Norton aunque reconocía que sus dudas se debían a que no congeniaban. Puede que fuera así, pero la mujer tenía conocimientos acerca del proceso de los sueños y aquella circunstancia la hacía mi principal sospechosa.

Me puse a buscar información en la web sobre Zhora. No encontré nada, ni siquiera tenía un perfil en ninguna red social. Aquello sí que me pareció extraño.

Por lo que me había dado a entender el señor Trumbull, Zhora Norton debía de ser la típica listilla que se llamaba a sí misma parapsicóloga para poder sacar el dinero a los incautos con rollos cabalísticos y palabrería. Ese tipo de gente vive de la publicidad, de darse a conocer. No como aquella Zhora que más bien quería pasar desapercibida. ¿Podría tratarse de una chiflada con dinero y mucho tiempo libre?

Cogí otra vez el teléfono y llamé a comisaría.

—Con el agente Sellers.

Me pasaron con mi antiguo compañero, antes de que me reasignaran con Robert, antes de que le volaran la cabeza. Estuvimos un minuto con preguntas de obligada cortesía y le pedí que me buscara la ficha policial de Zhora Norton.

—No hay nadie fichado con ese nombre —me dijo Sellers.

—Lo esperaba.

—Pero he buscado sus datos en Tráfico, te los envío. ¿Usas el mismo mail?

—Sí, el mismo —esperé unos segundos y el correo electrónico me avisó de la llegada de un mensaje—. Ya lo he recibido, gracias.

—Un día tienes que pasarte a saludar. Algunos compañeros se preguntan qué es de tu vida.

—Sí, un día de estos —dije sin ningún interés en cumplirlo—. Gracias por la información.

Colgué.

Zhora Norton no era lo que yo esperaba. Treinta y cinco años, doctorada en medicina, antropología y filosofía. Ningún arresto, ni siquiera una multa por exceso de velocidad.

Era hora de ir a hablar con ella en persona.

Me puse en camino con mi viejo Ford. Para ser un automóvil americano fabricado en Inglaterra, no estaba mal. Me llevaba y me traía por los alrededores de Boston sin problemas. Que la carrocería estuviera corroída era un mal menor aunque, si todo salía bien, pronto podría comprarme un coche nuevo.

El medio millón prometido era mucho dinero, demasiado para alguien como yo que se alimentaba de comida congelada y cuya aspiración en la vida eran las ocasionales llamadas de su hija y dormir sin soñar, sin pesadillas que me despertaran cada noche, sin el recuerdo del cráneo de Robert astillándose por el disparo, ni la sangre, ni la vida truncada. Ni el odio a una existencia que nada más prometía.

Miré el cielo encapotado, aún quedaba un par de horas antes de que la noche llegara. Subí por Cambridge y salí en Arlington, donde aparqué frente a la casa de la señorita Norton.

El edificio era una bonita mansión de dos pisos de la época colonial totalmente construida en madera, acabados en colores fríos y tejados de teja roja. Al lado había un cobertizo que parecía usarse de garaje y, rodeándolo todo, una valla blanca para delimitar un jardín que parecía no haber sido segado en un mes.

Abrí el paraguas y corrí hasta el porche del edificio. Del tejadillo colgaban un par de antiguas lámparas de aceite, debajo había una mecedora de caña, una mesa y, sobre ella, un libro: *Los mitos de Cthulhu*.

Le fruncí el ceño al libro y llegué a la puerta de roble, que estaba adornada con un atrapasueños. Llamé al timbre y esperé. Tras un sonido de pasos sobre madera, la pesada puerta se abrió.

La señorita Norton era más atractiva de lo que su foto de carnet insinuaba. Llevaba el pelo castaño cobrizo recogido en una coleta y su cara bien proporcionada tenía una mirada feroz en sus ojos verdes. Era alta, aunque no tanto como yo.

Supongo que esperaba verla vestida como una hippie, pero su ropa era informal: vaqueros y una chaqueta abierta que dejaba ver una blusa fina.

Mi primera impresión fue que no era la típica engañabobos, más bien una mujer decidida y dominante con poco sentido del humor para las cosas que ella entendía como serias, aunque sus gestos también sugerían una desbordante sensualidad. Un hombre podría perder la cabeza por una mujer así, me advertí.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz firme y brusca.

—Brian Holden, detective privado. ¿Es usted Zhora Norton?

—¿Para qué la busca? —se cruzó de brazos.

—Me gustaría hacerle unas preguntas sobre Timothy Trumbull.

—¿Sobre Tim? Hace ya varios días que no le veo. ¿Por qué? ¿Qué pasa? —frunció el ceño—. ¿Acaso le ha contratado el señor Trumbull?

—Así es —sus labios generosos esbozaron la sonrisa de un lobo.

—Me temo que no tengo ganas de ayudarle. Buenos días —cerró la puerta.

—¡Espere! —puse el pie entre el dintel y la puerta—
¡Tim está dormido y no despierta!

La mujer tardó algunos segundos en asimilar mis palabras.

—¿No despierta? —Zhora abrió la puerta del todo.

—Lleva seis días dormido y no hay forma de despertarle. Médicos y expertos del CDC le han examinado y no encuentran la causa. Debería estar despierto, pero no es así. Su padre cree que usted podría saber algo al respecto.

—Podría —murmuró con gesto preocupado—.
Entre.

Acepté la invitación pensando en lo cerca que estaba de ganar medio millón, y seguí a la señorita Norton al interior de su vivienda.

El recibidor estaba amueblado con una mesita y un viejo teléfono de disco. Una lámpara de raro diseño colgaba del techo y la luz que producía creaba extraños reflejos en las paredes.

Enfrente estaba la cocina, había una escalera hacia los pisos superiores y un pasillo a la derecha que nos condujo hasta un amplio salón.

—Siéntese, señor Holden —dijo la mujer señalando uno de los asientos—. ¿Quiere un té?

Me quité la chaqueta y me acomodé en el sofá.

—Un café con leche y dos terrones, por favor.

—Vuelvo enseguida.

Mi anfitriona desapareció en dirección a la cocina y aproveché para observar a fondo la estancia.

Frente a los sofás había una mesita de cristal y al otro lado, una butaca gastada por el uso y ocupada por un enorme y feo gato que no me quitaba la vista de encima.

De una pared colgaban un par de estanterías con varios libros de poesía extranjera y una estilizada lámpara de pie, en la otra pared se encontraba el mueble de salón con un televisor de plasma y un reproductor digital. El suelo estaba mullido con una alfombra de lana de llamativos colores y pelos de gato.

Una sala acogedora, pero no había nada que fuera extraño, nada de bolas de cristal o pictogramas, ni siquiera esas figurillas decorativas de brujas.

Zhora llegó con una bandeja en la que llevaba dos tazas vacías y una tetera que humeaba. La dejó sobre la mesa y sirvió con ceremonia.

Ni rastro de mi café.

—Gracias, señorita Norton —cogí una de las tazas.

La propietaria de la casa echó al gato del sofá, recibió un bufido y ocupó su lugar.

Cogió su taza y le dio un sorbo largo al té sin apartar de mí su mirada. Yo le di un trago al mío.

He de reconocer que el brebaje estaba bueno.

—Ahorrémonos formalismos, llámame Zhora y yo te llamaré Brian.

—Muy bien...

—Ahora, cuéntame que le pasa a Tim.

Aunque la consideraba la principal sospechosa, decidí explicarle todo lo que me había contado el señor Trumbull sobre su hijo y estudiar su reacción. Ella prestaba atención a cada detalle.

Al terminar, parecía preocupada.

—¿Y dices que hace seis días que no despierta?

—Así es. Y nadie sabe por qué.

—Hace más de una semana que no le veo. Discutimos por un tema importante para ambos y se marchó enfadado de mi casa. Pensé que se le pasaría en unos días.

—¿Su relación con él va más allá de la amistad?

—No, sólo somos amigos con intereses mutuos.

—¿Y cree que esos intereses le han podido llevar al estado en el que se encuentra?

—Es poco probable. La causa tiene que ser otra, pero apostaría a que está relacionada con un secreto que ambos compartimos, algo que mucha gente ignora o no puede comprender —me miró de arriba abajo queriendo medirme—. Me temo que la investigación va a ser larga y necesitarás de mi ayuda si quieres avanzar en ella. Pero no sé si estás preparado espiritualmente.

Después de todo, pensé, igual sí que estaba loca.

—Estoy aquí para ayudar a Timothy. Esperaba poder contar con tu colaboración.

—¿Colaboración? No tienes ni idea de en dónde te estás metiendo.

—¿Y podrías informarme al respecto?

Ella bufó.

—No sé si puedo confiar en ti, no te conozco. Pero si de verdad quieres ayudar a Tim, tengo que hacer lo que tengo que hacer. Aunque no me guste.

Empezaba a estar harto de tanta ambigüedad.

—¿Y qué tienes que hacer, Zhora?

—Quiero que me des tu palabra de que no revelarás ninguno de los secretos que voy a mostrarte, no sin antes consultarme. Ni siquiera al viejo Trumbull.

¿Secretos? Estuve a punto de sonreír. El medio millón lo tenía tan cerca... No podía aceptar su propuesta.

—Mi objetivo principal es ayudar a Timothy, y estoy dispuesto a omitir información a mi cliente si lo considero necesario para el caso. En eso sí que puedo darte mi palabra.

—No es lo que te he pedido.

—Pero es todo lo que puedo ofrecerte, Zhora. Yo tampoco te conozco y no estoy seguro de poder fiarme de ti porque en estos momentos eres mi principal sospechosa. No sé qué información manejas y me estás pidiendo que rompa la confianza de mi cliente.

Se envaró, ceño fruncido, labios prietos. Iba a negarme su ayuda pero el gato maulló.

—¡Bah, cállate!

—Lamento haberte hecho perder el tiempo —fui a ponerme en pie...

—No te lo decía a ti, Brian —señaló al gato con fastidio—. Por lo menos, lo que dices confirma que sabes guardar secretos. Ya juzgarás por ti mismo. Espera aquí.

Zhora se levantó de su asiento y salió del salón. El gato aprovechó para recuperar su lugar y siguió con su tarea de vigilarme. Alargué la mano para acariciarle y me soltó la zarpa.

—No eres nada simpático —volvió a bufarme—. Te pareces a tu dueña.

Desde las escaleras, fuera de la vista, Zhora me increpó.

—¡Cállate! ¡Y esta vez sí que te lo digo a ti, Brian!

Sonreí y me recliné en el sofá. Escuché que Zhora entraba en una habitación del piso de arriba. Estuvo un momento buscando algo y regresó.

Traía consigo un cofre metálico que dejó en la mesa, junto a las tazas. Miró al gato y este le enseñó los dientes, así que decidió sentarse a mi lado. Sacó un llavero del bolsillo de la chaqueta y seleccionó una pequeña llave de extraña forma.

La tapa del cofre se levantó al accionar su cerradura. Vi el interior de refilón, contenía una bolsa de tela y, grabado bajo la tapa, un signo de cinco puntas trazado con hilos de plata. La mujer metió la mano dentro, extrajo la bolsa de color azul marino y cerró la caja.

Desató la cuerda del saquito de tela y un cristal alargado de cuarzo blanco vio la luz del sol. Parecía tallado y tenía unos veinte centímetros de largo por cinco de ancho en su parte más gruesa.

—Esto es un cristal de sueños.

—¿Un cristal de sueños? ¿Es lo que ha dejado a Timothy dormido?

—No directamente. El cristal es una llave. Quien lo toca, puede acceder a la Tierra de los Sueños mientras duerme. He estado pensando en lo que me has contado. Creo que Tim está allí, cautivo por alguien que no le permite dormir, por lo que aquí, en este lado, no puede despertarse y muestra todos los síntomas de un coma o, más exactamente, un sueño profundo.

Ya no tenía dudas: aquella mujer estaba chiflada.

—Si lo he entendido bien, crees que Timothy está retenido en un sueño.

—En un sueño no, en la Tierra de los Sueños, que es un mundo paralelo al nuestro. ¿Has oído hablar de la teoría de cuerdas y los universos alternativos? Pues de eso trata este asunto. Timothy se encuentra en la dimensión onírica y se puede acceder a ella gracias a este cristal. Creo que su conciencia no puede regresar a la realidad de la vigilia, que es esta dimensión donde nos encontramos ahora mismo.

—¿Quieres decir que una parte de Timothy, la conciencia, el alma o lo que sea, está en otra dimensión? ¿Y que ahora no puede regresar a su cuerpo?

—Has de saber que sólo se puede salir de la Tierra de los Sueños si allí duermes, o mueres... o bien si aquí te despiertas. A Timothy no se le puede despertar, por lo que estoy segura de que alguien retiene a su yo onírico e impide que se duerma, y así no puede despertar aquí. Esa es la razón de que se encuentre en ese estado: ni dormido ni despierto. Ahora bien, no sé quién está detrás de ello. Eso tendrás que averiguarlo por tu cuenta.

Loca de remate.

—Entiendo.

Zhora se enfadó.

—¡No, no lo entiendes! —suspiró—. Ni siquiera me crees, pero eso da igual. El señor Trumbull te ha contratado para despertar a Tim y, para ello, primero tendrás que llegar hasta su yo onírico. ¿Estás dispuesto a seguir adelante?

Medio millón, pensé.

—No tengo muy claro qué quieres decirme, Zhora.

—Tienes que ir a la Tierra de los Sueños, allí encontrar a Timothy y averiguar por qué no se duerme. Una vez que lo descubras, él podrá despertar aquí. Pero

para llegar hasta la Tierra de los Sueños primero tienes que tocar este cristal.

Sonreí. Ella me devolvió una mirada seria. Un demonio tentando a Pandora con el cofre de los sueños.

—Toca el cristal y esta noche, cuando estés dormido, nos veremos en la Tierra de los Sueños.

Mi mano quedó paralizada a medio camino.

Volví a mirar aquel rostro, tan bello como opaco. Quería dejarme claro que me ofrecía algo más que un simple cristal.

—Esto parece una historia de Lovecraft —ataqué.

—Lo es —su contraataque fue desprevenido.

—¿Me tomas el pelo?

Levantó su mano retándome a tomar el cristal.

—Tócalo y esta noche lo descubrirás.

Miré a Zhora con desconfianza y cogí la piedra. Estaba tibia y pesaba poco, menos de lo que debería. Sus efectos fueron los esperados: no ocurrió nada.

—Ya está —Zhora me arrebató el cristal con celo, lo enfundó en la bolsa y lo guardó en la caja—. Esta noche empezamos. Termina el té y lárgate.

—¿Me estás echando sin más explicaciones?

—Necesito consultar algunos libros antes de cenar.

Apuré la taza y la dejé sobre la bandeja. Me incorporé y recogí mi chaqueta.

—Muy bien, Zhora. Hasta pronto. No, no te levantes, conozco el camino a la salida.

—Nos vemos esta noche —me replicó ella acomodada en el sofá—. Y un consejo, Brian: sé amable con los receptionistas.

—¿Cómo?

—Pronto lo entenderás.

Dejé aquella casa con la sensación de haber conocido a la emperatriz de las chifladas. Pensé en llamar a Douglas Trumbull para decirle que la amiga de su hijo estaba loca.

No lo hice.

Con un poco de suerte, quizás dormiría esa noche sin sueños ni pesadillas.

Por supuesto, me equivocaba.

El sol se ocultaba en el horizonte cuando llegué a casa. Estaba nervioso, me preocupaba aquella locura.

Para mí, soñar significaba tener pesadillas. Sin pensar en lo que hacía puse la cafetera dispuesto a retrasar lo máximo posible la hora de dormir.

Sentado frente a la tele y sin hacer caso a la programación, me planteaba tomar una copa y desconectar del todo. Al final no lo hice, con la muerte de mi compañero empecé a beber más de la cuenta y sólo me sirvió para terminar de destruir mi matrimonio.

Necesitaba escuchar una voz amiga y de confianza, miré la hora y calculé el diferente huso horario. No me importó y cogí el teléfono.

—Hola, papá.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal estás?

—¿La verdad? Un poco preocupada. Dentro de nada se me termina la beca en el Instituto Oceanográfico y no estoy segura de que vayan a contar conmigo para el siguiente curso.

—¿Y eso?

—Falta de presupuesto y de interés. Los biólogos llevan décadas recogiendo datos del fondo marino y han encontrado cientos de nuevas especies, pero parece que a nadie más le interesa.

Tenía medio millón a mi alcance, un dinero muy tentador pero que sabía que no aprovecharía. Para mí supondría dejar de ser un pobre desgraciado para ser un rico desgraciado, pero para mi hija...

No le dije nada, aún no había ganado mi sueldo y no quería darle falsas esperanzas. Ya la había defraudada demasiadas veces.

—Lo siento, Sammy.

—No te preocupes, es algo generalizado. En Europa lo tienen peor. Allí, la mayor parte de los fondos son públicos y la ciencia es el primer lugar donde las inversiones se recortan.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—No, papá. Pero gracias. ¿Cómo estás tú?

—Como siempre. Tengo un nuevo trabajo, y esta vez puede ser importante.

—No te metas en problemas, ¿vale?

Me reí.

—Eso te lo tendría que decir yo, ¿no crees?

—No soy yo quien suele meterse en líos, papá.

Estuve a punto de preguntar por su madre pero era un tema que, de tácito acuerdo, nunca tocábamos.

—Espero que las cosas se resuelvan.

—Yo también —me dijo—. No me gustaría tener que volver a trabajar de camarera para poder pagarme el doctorado.

—Si necesitas dinero, avísame y te hago una transferencia.

—Suficiente tienes con lo tuyo, papá. No te preocupes por mí, saldré adelante.

—Estoy orgulloso de ti, Sammy.

—Lo sé, papá.

—Te echo de menos, cariño.

—Y yo a ti, papá. Te quiero.

Al colgar, bostecé y sentí que el cansancio me invadía como un torrente nervioso.

La noche había llegado y Boston dormía inquieta. Fuera, la vida nocturna medraba por las calles anegadas mientras las luces de los hogares se apagaban para buscar el sueño.

Aún era pronto pero la inquietud seguía dentro de mí, agitándose, reptando por músculos y nervios para dejar tras su paso una sensación extraña, narcótica, igual que cuando tomaba un potente somnífero.

No quería dormir, temía al sueño y las pesadillas recurrentes. Tenía miedo a los fantasmas que mi mente invocaba por las noches. Solía acostarme de madrugada pero aquel día mi cuerpo me traicionaba.

La habitación estaba en penumbra, me escondí bajo las sábanas y me acurré como un niño al que le asusta la oscuridad y los monstruos que habitan bajo la cama.